

portentoso, se frustraron ante su negativa a salirse del marco estrecho y laborioso de la concientización y la entrega de la propia persona a la tarea de renovarlo todo (Lc. 11, 29-32; Jn. 6,31-36); y los guerrilleros que habían esperado que él aglutinara a las masas y acaudillara la revolución se sintieron decepcionados de que no aceptara el papel de caudillo libertario. Pero en Latinoamérica los caudillos libertarios han sido barridos por los regímenes de la Seguridad Nacional; y las jerarquías católicas —p. ej. el episcopado colombiano— que nunca aprobaron Medellín han pasado ahora a combatirlo. Como en aquel tiempo, los tiranuelos locales tienen reuniones secretas con los funcionarios del imperio y con algunos sacerdotes para extirpar el "cáncer marxista" que se habría infiltrado en la Iglesia. Y el pueblo palpa la debilidad de la Iglesia: no es una potencia sobrenatural inexpugnable, no habrá prodigios, ella, como Jesús, sólo puede dar la solidaridad de un amor fiel.

TENIA QUE MORIR

"Desde entonces muchos seguidores se echaron atrás y no volvieron más con él" (Jn. 6,66). Otros, como Pedro, permanecieron con Jesús pero trataron de que cambiara de estrategia. Los tiempos no estaban para criticar públicamente a la Iglesia y al Estado y para andar regando por el pueblo consignas de liberación. Jesús era un tipo importante, él era el representante del poder de Dios; él no podía sucumbir como cualquier pobre diablo a manos de las autoridades. Pedro le pidió que se dejara de humildades y que asumiera su papel. Y Jesús le respondió: "¡Satanás, quítate de mi vista! Tú eres un peligro para mí, porque tu idea no es la de Dios, sino la del mundo. Entonces dijo a sus discípulos: El que quiera salvar su vida a toda costa, la perderá" (Mt. 16, 21-26). Hoy también muchas personas que acogieron con alegría el camino de la liberación integral, al ver la represión encima, se han echado para atrás. "Estoy de acuerdo —dicen— pero no es oportuno hablar. Se puede interpretar mal. Es hacerle el juego a la extrema izquierda". Ya lo había anunciado Jesús: "Es ese que escucha el mensaje y lo acepta enseguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y en cuanto surge una dificultad o persecución por el mensaje, falla" (Mt. 13,21). Eso ha pasado entre nosotros, en el CELAM por ejemplo y en otros organismos.

Sin embargo, tenemos que confesar con alegría que la sistemática violación de los derechos humanos en nuestros países ha llevado a no pocos indecisos a dar un paso al frente y jugarse su status social, su posición económica, incluso su vida por el evangelio. Los obispos nicaragüenses, p. ej. han tardado en ver, pero han visto y no se han callado. No sólo han denunciado abusos; han llegado a proclamar al pueblo la ilegitimidad del gobierno: "Estas acciones. . . ponen a las mismas autoridades al margen de las leyes institucionales de la Nación y de todo sano principio de orden público". Y los obispos brasileros, tras años de denuncias sobre aspectos particulares, han llegado este año en un documento admirable de teoría política a impugnar frontalmente la Doctrina de la Seguridad Nacional, ya que "cuando en nombre de este imperativo, el Estado restringe arbitrariamente los derechos fundamentales de la persona, subvierte el propio fundamento del orden moral y jurídico". Y otro tanto podríamos decir de los obispos chilenos, paraguayos o peruanos. Los obispos salvadoreños dan un paso más al reivindicar para la acción cristiana la esfera de lo concreto: "Así como la injusticia es bien concreta, así la promoción de la justicia ha de ser también concreta. Nadie debiera extrañarse de que la Iglesia anime, oriente y fomente los mecanismos concretos de hacer justicia. En estos mecanismos concretos habrá cosas opinables y también la Iglesia tendrá que ir aprendiendo qué mecanismos concretos realizan mejor el ideal del reino de Dios. A este nivel la Iglesia igual que otras instituciones humanas que intenten promover la justicia evaluará y criticará sus aciertos y sus yerros".

Y hay que decir con alegría que estos y otros documentos valen porque no son más que la comprensión de la práctica de grupos cristianos que en unión con otros hombres de buena voluntad tratan de luchar en nuestro continente, en estos años de infamia, por la liberación integral. Por eso las persecuciones y el martirio no son accidentes infortunados. Como en el caso de Jesús, "estaba escrito"; era previsible que ni no cedían en su camino acabaran algunos así. Hoy no podemos buscar nuestra seguridad en el silencio cómplice sino en la unión solidaria.

Años de ignominia y años de gloria. Años sobre todo para dar con fidelidad el evangelio a los pobres.

PARTICIPACION

El problema de la participación en nuestro país reviste características muy particulares. Al depender la economía de un solo producto cuyo propietario es el Estado la participación es ante todo participación política: Tener poder político es participar de los recursos petroleros. Los grupos que controlan el Estado canalizan el potencial económico nacional según sus intereses y convierten en ley esa orientación

particular de la redistribución de la renta petrolera. Aparentemente el problema sería ante todo el de aumentar el número de personas que participan de la renta petrolera. El problema de participación se convertiría en problema de redistribución.

Creemos que pese las declaraciones en contra, ésta es hasta ahora la manera como enfocamos en el país el problema de la participación.

Así lo enfocan Fedecámaras y el Gobierno quienes actualmente detentan el poder político y así lo percibe también el pueblo que reclama su parte. Nos hemos encontrado con la gran torta petrolera: Todos reclamamos que se reparta con justicia, pero todos peleamos por sacar la tajada más grande.

Mientras la planteemos así, la cuestión no tiene solución. Es obvio: el petróleo no alcanza para rentar a todo el país. Somos doce millones, luego nos tocarían a cada uno unos Bs. 4.000,00. Y eso no alcanza para vivir. Entonces o todos nos quedamos con hambre o excluimos a unos cuantos. Y excluimos a unos cuantos. Pero ¿con qué criterio? Bueno, la verdad es que excluimos a los que están más lejos de la torta. Pero como suena poco civilizado hablar así, ponemos por delante otros criterios: se reparte la torta a quien dé algo a cambio.

Y aquí se presentan las fuerzas vivas: la agricultura, la industria, el comercio. Ellos producen la riqueza nacional y piden a cambio créditos, subsidios, exenciones de impuestos y una política de precios que viene a ser como el permiso para abrir bastante la esclusa del canal de los bolívares para que desagüen en sus cuentas corrientes. Pero, ya lo hemos dicho, esto es pura pantalla: no es cierto que ellos produzcan la riqueza nacional, ellos producen bien poco; sus haciendas o sus fábricas son como una especie de planillas que ellos rellenan para seguir viviendo de la Beneficiencia Nacional. No son fuerzas vivas. Salvo honrosas excepciones, son rentistas. Por ejemplo tenemos el caso de la ganadería: es uno de los sectores que más subsidios ha recibido, que más se ha enriquecido, que menos ha reinvertido y su productividad es de las más bajas del mundo y se basa en el robo al erario público y a los braceros colombianos —salvo honrosas excepciones.

Los socios en el reparto de la torta petrolera son los partidos políticos. Sus servicios, ya se sabe, ellos se sacrifican por el bien común y laboran por la patria. La realidad es que los ciudadanos militan en los partidos, su definición es su riesgo; ahora, si el partido se coge el poder, pues ya se sabe se lo coge ante todo para repartirlo entre los de su tolda. Pero entonces el partido en el gobierno se encuentra en una contradicción insoluble: Está en el poder porque son muchos sus militantes, pero por ser muchos no puede dar puestos a todos. Y ahí es cuando empiezan en el partido los problemas con los marginados y surgen las facciones y hasta las rupturas.

Y si el gobierno tiene que marginar a gente de la propia tolda ¿cómo dar participación a otros? Pero si no da participación por lo menos a algunos ¿cómo convencer al país de que el gobierno es del pueblo? El problema es difícilísimo. Sin embargo el ingenio da para todo: se trata de resolver la cuestión indirectamente, dando servicios, "así cumple el gobierno democrático". Y de paso se subsidia a los empresarios, se lleva una comisión el partido y se dan empleos a los compañeritos.

Desde esta perspectiva ¿qué sentido tiene hablar de participación popular? Los habitantes de los barrios y de muchas poblaciones del interior están tan lejos de la torta petrolera que pueden darse por contentos si les llega la luz, el agua potable, una vía de acceso, el transporte, la escuelita y un puesto de policía; lo demás se sale a buscar, no ya del Estado sino de las sobras que se les van cayendo a los que agarraron una porción demasiado grande.

Y ¿qué decir de los indígenas? Esos compatriotas nuestros casi ni saben qué existe la gran torta petrolera. ¿Participar? Si se les dejara

al menos subsistir sin acosarles, sin explotarles, sin engañarles, sin menospreciarlos. . .

* * *

En nuestro país la participación es ante todo participación política. Controlar el Estado es participar de los recursos petroleros. La desgracia de nuestro país es que las oligarquías no hayan poseído siquiera el espíritu del capitalismo sino la codicia estéril del rentista. En el desarrollo capitalista la fase más inhumana es la de la acumulación inicial que sólo se ha logrado históricamente a base de una sobreexplotación a las colonias, a los obreros y a los recursos naturales. En nuestro país pudo haberse dado esta ingente acumulación de medios de producción ahorrándose ese trago amargo. Con las enormes sumas de dólares petroleros podríamos disponer ya de un parque industrial integrado que fuera capaz de autosostenerse, de una tecnología adecuada, de una gerencia capaz, de un personal especializado. Pudimos haber creado una burocracia estatal eficiente y coordinada. Pudimos haber creado una medicina social que diera al venezolano esa seguridad, esa liberación básica de saber su salud en manos expertas y dedicadas. Pudimos haber creado una universidad que teorizara nuestras necesidades y aspiraciones y capacitara para afrontarlas. Pudimos articular el país y sólo parimos rebañones de elefantes blancos que lo están devastando.

* * *

Y es que olvidamos que la raíz de la participación, sin la que todo lo demás no pasa de ser una rebatiña hedonista, es la participación en el trabajo. Antes que la participación en los frutos del trabajo o de la suerte está la participación en la producción. Sólo esta participación es el crisol de una nación. Incluso el problema de la injusticia y de la explotación sólo sobre esta base cobran su completa dimensión humana. Sólo quienes producen su propia vida y la ajena tendrán vigor y capacidad para apropiarse un día del fruto completo de su trabajo y sólo hombres disciplinados en el proceso de producción serán capaces de diseñar un día una economía racionalizada que supere el despilfarro del mercado.

Pero si consumimos las energías en cultivar viveza para conseguir estables y pingües porciones de la torta petrolera ¿qué sector habrá en el país que reclame la participación en la producción? Quien reclame esta responsabilidad ¿no tendrá inevitablemente la sensación de estar haciendo el ridículo? ¿Qué sindicato tiene autoridad moral para cultivar esa responsabilidad en sus afiliados? ¿Y qué colegio profesional la fomenta seriamente, más allá de proclamas, entre sus asociados?

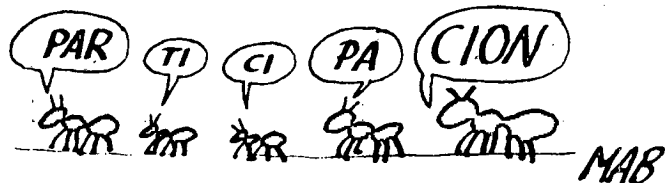
Y desde luego que el país no se salvará por honrosas excepciones, ni esas dejarán de serlo nunca en nuestro sistema. Es que sólo quien tenga un proyecto político de transformar la sociedad tiene motivos para interesarse en fomentar esa participación radical que será la única palanca eficaz para llevarlo a cabo.

Desde esta perspectiva cobran toda su dimensión y validez para nuestra situación venezolana estas propuestas de los obispos brasileños:

"La respuesta al desafío del desarrollo resume las exigencias del bien común para los países subdesarrollados".

"Todo desarrollo tiene un precio social, pero es una exigencia ética ineludible que ese precio sea justo, sea equitativamente distribuido y socialmente destinado".

En resumen: "Solo un pueblo convocado a participar en el proceso dé su desarrollo acepta con dignidad los sacrificios exigidos".



No hay democracia sin participación. Sobre el tema se ha hablado mucho y se seguirá hablando, sobre todo, con ocasión de la campaña electoral. En este número iniciamos una serie de análisis y reflexiones, con los artículos de Arrieta, Carmona y Ugálde sobre la participación en los ingresos y en la administración municipal. Seguirán, en los próximos números, otros trabajos sobre la participación en la producción, participación campesina, participación en los barrios, participación indígena, algunas experiencias de participación, etc..